

UN TALENTO QUE FERTILIZA AL HORROR

¿Dónde encontraría la valentía necesaria para escribir mal?
Mónica Ojeda, *Nefando*



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

PROBABLEMENTE POCAS VECES UN libro ha tenido un título más apropiado que *Nefando*, la segunda novela de la ecuatoriana Mónica Ojeda (Guayaquil, 1988), publicada cuando ella solo tenía 27 años. Y si lo nefando es aquello “que causa repugnancia u horror”, muchos de los comportamientos comúnmente asociados a esas sensaciones están en la novela, desde la tortura de animales hasta la pedofilia. Quizá el gran ausente es la corrupción traída por el poder político y económico, pero casi todo lo otro está presente. Así que sí, por los temas que trata es una obra nefanda. Pero en especial por cómo lo hace, evitando los múltiples lugares comunes predicados por una sociedad frágil que prefiere creer que el horror es solo una pesadilla, no una realidad que la habita cada día.

Ninguna novela o cuento es para todos los públicos. Pero es bueno recalcar esa advertencia al hablar de *Nefando*. Es una obra que no se puede leer con comodidad. Sus descripciones son demasiado duras

para un lector no acostumbrado a Sade o Passolini, pero al mismo tiempo tiene demasiado contenido significativo para leerla con el mismo *voyeurismo* distante con el que se lee o se ve la mayor parte de la literatura contemporánea centrada en la libido. Y además, es una obra escrita por una mujer, lo que tiene un peso también real, como uno de los personajes —la joven escritora Kiki Ortega— nos recuerda al mencionar que su madre la encerraba cuando niña en un baúl “hasta que entendiera la diferencia entre lo bonito y lo horrible”, por escribir cuentos de amores pornográficos entre enanas y elefantes de circo, “pues eso era malo, muy malo, porque las niñas solo debían escribir cosas bonitas, blancas como el mantel o la hoja de su cuaderno, cosas como las nubes, las sonrisas y las mariposas”. Y aunque Ojeda no es Ortega, tienen en común no solo el escribir “mal”, sino también el hacerlo muy bien.

Pero Kiki Ortega, la escritora ficticia, no es el único personaje de la novela.

De hecho, sería temerario decir que hay un personaje central. Es una novela coral, con capítulos escritos por personajes distintos, tomados de un conjunto de jóvenes que viven juntos en un apartamento en Barcelona. Así que, aunque la novela está escrita en primera persona, se trata de *distintas* primeras personas. Y uno de los logros de Ojeda más resaltados por la crítica es su insólita capacidad para “dejar” hablar a sus personajes con voz propia, cada uno no solo con distintos procesos mentales a partir de diferentes historias personales, sino también con un lenguaje realmente individual, pues la autora logra incluso incorporar los regionalismos a la expresión de sus personajes, provenientes de distintos países iberoamericanos. Ecuatorianos, mexicanos, catalanes, cada uno habla con un matiz particular del español, pero además profundamente marcado por sus obsesiones y ambientes individuales. Entre otros personajes, además de Kiki, está El Cuco Martínez, un *hacker* familiarizado con los bajos fondos de Barcelona; Iván Herrera, un estudiante de literatura mexicano y transexual que detesta su sexo físico con ferocidad; y en especial los tres hermanos Terán, Irene, Emilio y Cecilia, hijos de un famoso documentalista ecuatoriano, que combinaba las filmaciones a tribus indígenas con otras donde grababa sus abusos sexuales a sus tres hijos, que luego subía a internet a foros de pederastas con el sinónimo de xxBigBossxx.

“Para mí no hay nada más real en este puto mundo que las representaciones que hacemos de él. A veces cuando somos muy directos terminamos hablando en metáforas. ¿No te has dado cuenta?”

Pero los Terán descritos por Ojeda no son las víctimas de abuso descritas usualmente en la literatura o el cine, destruidas y clamando justicia. Antes que eso, Ojeda toma un riesgo enorme y nos presenta personajes marcados profundamente por los eventos de su infancia, como todos los otros, pero que los han integrado a sus propias existencias de una forma que resulta difícil de entender, pues se rehúsan a ser víctimas. Así, en lugar de ocultar lo que les sucedió deciden usarlo para crear su propia obra de arte. Convencen al *hacker* para que los ayude y vuelven realidad su proyecto de hacer un videojuego con el mismo nombre que la novela, Nefando, colgado en la *Deep web*, ese universo gigantesco y oculto para la mayoría de los usuarios de internet, que no puede navegarse con los buscadores usuales, y donde el crimen en todas sus facetas vive y palpita. En el videojuego incorporarán los videos de sus propias violaciones filmados por su papá, así como otros que han descargado de foros de pederastas y sadismo contra animales. Pero esos videos no serán el centro del juego, pues de acuerdo con Martínez este no era para los Terán una manera de expresar su odio, sino “un espacio para la exploración personal. En él podías pensarte de forma distinta. Los Terán lo diseña-

ron para que el recorrido de quien lo jugara fuera un poema”.

Un poema... Quizá no haya palabra más contradictoria con las descarnadas imágenes de abuso infantil o violencia contra los animales descritas por Ojeda. No en vano, muchos lectores nos sentiremos aliviados de no tener que ver tales videos, sino apenas leerlos, gracias a lo cual visualmente resultan casi tan irreales como las “pasiones” de Sade. Pero la palabra golpea de otra forma, más honda. Nos lleva a las razones de esa necesidad de violencia contra seres indefensos, sean niños o animales, que es practicada por miles de personas en todo el mundo, siempre en las sombras, pero no por ello inexistentes, como la sociedad parece predicar para no tener que asumir los horrores de tantos de sus hijos. Y en ese sentido, al desnudar como esa violencia está vinculada a otra, más interior y de la que nadie escapa por completo, la novela obliga al lector a salir de su zona de confort y descubrir que no hay respuestas fáciles, lo que es al final la marca de una gran obra, así pocas de ellas vayan a paisajes tan oscuros como los que visita esta novela. Tal como cada jugador de *Nefando* reporta una experiencia distinta, pues el juego está construido para permitir a cada jugador explorar sus propios fantasmas y violencias, la novela le proporciona a cada lector un viaje distinto a ese reino de oscuridades en donde hallar sus propias respuestas acerca de la violencia y la libido. Y nada hay más apropiado que abordar en literatura lo inabordable, en este caso adentrarnos en las causas profundas de lo nefando, pues como dice el personaje del *hacker*: “Para mí no hay nada más real en este puto mundo que las representaciones que hacemos de él. A veces cuando somos muy directos terminamos hablando en metáforas. ¿No te has dado cuenta?”

El año pasado en Bogotá 39-2017, Mónica Ojeda fue incluida entre los 39 escritores menores de 40 años más prometedores en

español. Algo no del todo inusual en esta época de apariencias regida por la mercadotecnia y las modas, así que no sobra contextualizarlo. Unos cuantos escritores han sido seleccionados ya en ese evento y muchos otros lo serán después. Probablemente pocos entre ellos superarán lo que han escrito hasta el momento, y más de uno dejará de escribir. *Nefando* misma muestra mucho mejor la promesa de Ojeda como escritora, como parte de ese grupo de escritoras latinoamericanas que poco a poco parecieran ir construyendo un nuevo boom, tan rompedor en sus temas y técnicas como lo fue el primero, pero con una diversidad de género mucho mayor. El talento y la valentía de Ojeda para viajar al horror y representarlo muestra bien la importancia de que la literatura pueda contar ahora con esa mitad de la experiencia humana que con tanta frecuencia le ha faltado, pues por mucho tiempo la mitad de la especie estuvo limitada a hablar sobre “temas bonitos”, y aun con más frecuencia a callar y escuchar. *Nefando*, además, es otra prueba de cuánto tenemos por ganar con un mundo más equitativo. Una prueba más, y además tristemente aún necesaria, pues el apéndice vestigial de los prejuicios de género nos ha habitado por demasiado tiempo para desaparecer de un día al otro. ■

